

Por una vía explicativa del movimiento universitario en Colombia: un acercamiento a Pierre Bourdieu

For an explanatory route of the university movement in Colombia: an approximation to Pierre Bourdieu

Álvaro Acevedo Tarazona*

Resumen

El objetivo de este texto es esclarecer la propuesta interpretativa del sociólogo Pierre Bourdieu para entablar un diálogo con la vida universitaria en general, y con la dinámica de los movimientos estudiantiles en Colombia. Tal análisis permite entender que la universidad es ante todo un ente constituido por múltiples capitales (social, cultural, simbólico, económico y político), enfrentados en una lucha que atraviesa una serie de campos relativamente autónomos con respecto al espacio social en su conjunto, y en el cual unas personas detentan un capital particular y luchan con otras que detentan otras variedades de capitales para dar más fuerza al suyo en una red que interviene en todos los campos. Posteriormente se abordarán algunos aspectos de la noción de *habitus* y se explicará cómo se efectúa el juego entre los distintos campos y su contribución a la reproducción y transformación de la estructura social.

Palabras clave: campo de poder, universidad, sistema de relaciones, *habitus*, asociaciones

Abstract

The purpose of this text is to clarify the interpretive proposition of the sociologist Pierre Bourdieu, in order to begin a dialog with university life and with the dynamics of student movements in Colombia. This analysis allows understanding that universities all entities constituted by multiple

* Doctor en Historia en la Universidad de Huelva. Actualmente es profesor titular de la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: tarazona20@gmail.com.

Artículo tipo 1: Investigación científica

Recibido: 5 de enero de 2013 **Aprobado:** 5 de febrero de 2013

capitals (such as the social, cultural, symbolic, economic, and political capitals), whose challenges include a variety of fields that are relatively autonomous with regards to the social space as a whole, and in which a few persons hold their particular own capitals, and fight against others capitals in order to strengthen their network, a net that controls all the fields. Some aspects of the concept of *habitus* will afterwards be approached, explaining the interactions among the different fields and their contribution to the reproduction and transformations of the social structure.

Keywords: field of power, university, system of relations, *habitus*, associations.

Sumario: 1. Introducción, 2. Entre el *habitus*, el campo y las formas de capital, 3. Tesis en torno a la juventud y el intelectual, 4. ¿Bourdieu para pensar la universidad colombiana?, 5. Conclusiones y 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

Los estudios sobre el movimiento estudiantil han dejado ver una “orfandad” conceptual debido a las características particulares del sujeto que pretende estudiar. A mediados de los años noventa, el historiador Mauricio Archila señaló las dificultades que existían para entender a los estudiantes universitarios que manifestaban su descontento como un movimiento social. Ni siquiera el adjetivo “nuevo” podía ajustar el llamado “movimiento estudiantil” a las diferentes propuestas provenientes de la sociología que estudiaba la acción social colectiva, su movilización de demandas materiales a “posmateriales” o estrictamente culturales (Archila, 1994: 251-352). En otros contextos, autores como Romero han propuesto que el estudiantado se puede pensar y estudiar con base en categorías marxistas, en tanto son la expresión de una clase oprimida y parte de los procesos de reproducción del capital (Romero, 2009: 10-24). Recientemente, Cote Rodríguez ha analizado cómo se ha estudiado al movimiento estudiantil desde diferentes ángulos teóricos. El interés

prioritario de este autor es trascender la idea de un *deber ser* del estudiante que, su juicio, ha dominado la producción histórica en varios contextos. En su lugar, procura pensar la protesta estudiantil como la manifestación clara de un movimiento social que ha tenido presencia desde antes de los años sesenta y que requiere ser analizado en su existencia concreta, más allá de las categorías abstractas (Cote, 2011).

Una mirada más compleja sobre el quehacer de los estudiantes universitarios y de secundaria en la esfera pública, obliga a trascender las fronteras entre historia social, política o cultural como compartimentos estancos. Pensando en el siglo XX, cuando emergen con gran fuerza estos sujetos como grupo en el que convergen procesos culturales y educativos, formas de activismo y renovación de la política y demandas sociales propias de los llamados sectores medios (Marsiske, 1999), se hace necesario buscar referentes conceptuales que permitan comprender sus actuaciones y representaciones en el marco de los procesos modernizadores. En tal sentido, este artículo pretende generar una primera aproximación a algunas de las tesis centrales del sociólogo francés Pierre Bourdieu, quien a partir de sus reflexiones y estudios sobre la cultura y la política puede proveer un interesante y rico arsenal conceptual para pensar una historia transversal del movimiento estudiantil. Para ello se expondrán sus principales categorías, procurando un diálogo con los fenómenos propios de la situación estudiantil y universitaria colombiana en la segunda mitad del siglo XX.

2. Entre el *habitus*, el campo y las formas de capital

Pierre Bourdieu es el autor reciente que más ha aportado a la investigación del mundo cultural e intelectual, y por ende, es quien más y mejores elementos teóricos brinda a todo aquel que se interese por este tipo de fenómenos. Como se sabe, sus obras se dedican a pensar el mundo cultural e intelectual en sus relaciones con el poder. Siguiendo a George Ritzer, se puede decir que los trabajos de Pierre Bourdieu se ubican en el llamado *estructuralismo constructivista*. Al partir de la pretensión por superar el falso dilema entre los fenómenos subjetivos y las estructuras objetivas, el sociólogo francés propone que la vida social se puede comprender mejor si

se reconoce que los actores perciben, piensan y construyen las estructuras para luego actuar sobre ellas. En otros términos, Bourdieu plantea que los agentes sociales son los creadores de las estructuras sociales, las cuales, a su turno, y de manera inversa, contribuyen a crear e influir en la acción de los agentes sociales.

Para concretar esta visión dialéctica entre estructura y agente, Bourdieu propone el concepto de *práctica*. Una práctica no está objetiva y completamente determinada por las estructuras, pero tampoco es producto del libre albedrío de los seres humanos. La práctica sería el resultado de esta interacción entre los dos términos de la relación. No obstante, Ritzer ha anotado que Bourdieu le da mayor peso a los elementos estructurales, pues si bien se interesa por la génesis de los esquemas de percepción, pensamiento y acción a través de los cuales se construye el mundo social, prioriza la internalización de las estructuras, al punto que se tornan inconscientes para los agentes sociales (Ritzer, 1997: 500). De esta manera, se le puede criticar a Bourdieu que descuide la subjetividad y la intencionalidad, por darle mayor importancia a la relación entre las estructuras sociales y las estructuras mentales.

Con base en estas premisas, emergen las dos principales categorías de la propuesta de Bourdieu: *habitus* y campo. El primero comprende las estructuras mentales o cognitivas por medio de las cuales las personas orientan el mundo social (formas de obrar, pensar y sentir que están originadas por la posición que una persona ocupa en la estructura social). El segundo designa el espacio social que se crea en torno a la valoración de hechos sociales tales como el arte, la ciencia, la religión o la política. Esos espacios están ocupados por agentes con distintos *habitus* y capitales que compiten tanto por los recursos materiales como simbólicos del campo. A partir de ellos, las personas comprenden, aprecian y evalúan el mundo social, y más aún, producen sus prácticas.

En otras palabras, el *habitus* se puede entender como la encarnación de las estructuras sociales, que si bien son producto de la historia, generan prácticas individuales y colectivas. Prácticas, *habitus* y estructuras interactúan permanentemente. El *habitus* si bien se implica en la acción de los agentes, se convierte más en una condición para tal de liberación;

proporciona los principios para que los actores definan sus opciones, siempre inscrito más allá de la conciencia y del control de la voluntad (Ritzer, 1997: 500-503). Es la subjetividad socializada, la generación de prácticas que están limitadas por las condiciones sociales que las soportan, forma en que las estructuras sociales se graban en nuestro cuerpo y mente, configurando las estructuras de nuestra subjetividad (socialización). El *habitus* de clase vendría siendo la posición del agente dentro de la estructura de una clase social, donde el individuo contribuye a la producción y reproducción de este mismo sistema de relaciones entre las clases.

El concepto de campo, por su parte, puede resultar mucho más útil para los estudios sobre la universidad y los movimientos estudiantiles, en cuanto alude a las relaciones entre los agentes sociales. Así pues, el campo es la red de relaciones entre las posiciones objetivas que hay en él, las cuales existen separadas de la conciencia y la voluntad colectiva. Las relaciones entre los agentes del campo, sean estos agentes o instituciones, no se pueden entender como interacciones o lazos intersubjetivos, pues es la estructura de esta red la que constriñe la posición de los agentes. En esta propuesta, el mundo social estaría compuesto por diferentes campos, cada uno con su lógica particular, que genera en los actores la creencia sobre las cosas que son importantes en el campo. La noción de campo no conlleva a la idea de inmovilidad. Bourdieu señala que el campo sería una arena de batalla, en la que los actores, de acuerdo a las posiciones que ocupan, elaboran y desarrollan estrategias para salvaguardar o mejorar su posición (Bourdieu, 2002a: 15).

El campo supone una jerarquización, puesto que se comprende mejor si se piensa como un mercado competitivo en el que circula y se despliegan varios tipos de capital. Las posiciones en el campo dependen del peso y cantidad del capital que poseen los actores. La pertinencia de esta categoría reside en las posibilidades que abre para pensar la dinámica interna de la universidad en el marco de la vida intelectual y cultural de cualquier ciudad. Con la noción de campo se podría dirigir la mirada hacia las relaciones con otras instituciones o entre agentes al interior de la institución, las posiciones de los miembros, las jerarquías internas derivadas de factores como su pertenencia a cierto grupo social o familiar,

el trabajo desempeñado al interior de la universidad, entre otros aspectos. Por ejemplo, las personas que invierten y emplean su capital cultural con el fin de mejorar su posición en el campo también pueden perderlo debido al deterioro de su posición (Ritzer, 1997: 504).¹

Si bien es cierto que Bourdieu dedica gran parte de sus textos al estudio del campo artístico y de la percepción de las obras de arte, sus estudios abordan un ámbito más amplio como es el campo intelectual. Este concepto se puede emplear no solo con respecto a la creación artística sino en cuanto a todo tipo de producción simbólica, pues guarda las características generales del campo, como líneas de fuerza interrelacionadas que llevan a la creación de posiciones de los diferentes actores que intervienen en la configuración de su estructura. Ahora bien, una de las primeras tesis de Bourdieu sobre el campo intelectual consiste en que su estructuración es progresiva, particularmente en la consecución de la autonomía relativa que le permite tener una lógica propia, esto es, no sujeta al campo político. Este proceso conlleva también una paulatina integración de los agentes que intervienen, así como una complejización de las relaciones. La lógica específica que rige el campo intelectual está marcada por la competencia en torno a la legitimidad cultural a partir de la definición y creación de una autoridad que busca la consagración y el reconocimiento social del creador intelectual y de su obra (Bourdieu, 2002a: 36).

Otro elemento que caracteriza el campo intelectual es la relación que establece el creador con el público. Todo creador, llámese artista, literato o intelectual no es un genio –tal como lo consideraba la tradición romántica– sino un individuo que emerge en unas relaciones y condiciones que posibilitan y explican tanto su existencia como su obra. Bourdieu llama la atención sobre la manera cómo el público puede influir en la producción intelectual, llegando a incidir en la modificación de ciertas pautas de creación y en la posición del creador en el campo (Bourdieu, 2002a: 29).

De lo que se trata entonces en el estudio del campo intelectual es de investigar la lógica específica de las relaciones que se establecen en el seno del campo. Esta meta no se puede lograr si se disocian tales relaciones

¹ Ritzer sostiene que para Bourdieu lo más importante es la relación que se establece entre *habitus* y campo, en el sentido en que el campo condiciona al *habitus* y este constituye al campo como algo significativo.

de las condiciones históricas y sociales que lo hacen posible. En otros términos, el concepto de campo implica rastrear las relaciones propias entre los actores individuales o institucionales, sus posiciones, que dependen de tales relaciones, y que son cambiantes, pero sin sobredimensionar la ligazón, pues se parte de una autonomía relativa: Las condiciones en que se configura el campo.

Es preciso reiterar que según Bourdieu, la noción de campo se caracteriza por una amplia serie de relaciones de interdependencia funcional, las cuales generan la estructura misma del campo. Tal estructuración depende también de las posiciones de los actores intervinientes y del peso funcional de estos, o lo que es lo mismo, de la autoridad o poder que tiene cada uno en el campo. En palabras de Bourdieu:

“La estructura dinámica del campo intelectual no es más que el sistema de interacciones entre una pluralidad de instancias, agentes aislados, como el creador intelectual, o sistemas de agentes, como el sistema de enseñanza, las academias o los cenáculos, que se definen, por lo menos en lo esencial, en su ser y en su función, por su posición en esta estructura y por la autoridad, más o menos reconocida; es decir, más o menos intensa y más o menos extendida y siempre mediatizada por su interacción que ejercen o pretenden ejercer sobre el público, apuesta y en cierta medida árbitro, de la competencia por consagración y legitimidad intelectuales” (Bourdieu, 2002a: 31).

No obstante, uno de los fines más importantes del campo intelectual es alcanzar la legitimidad cultural a partir de la consagración de agentes y creaciones simbólicas. Hablar de la consagración alude inicialmente a la posición del sujeto en el campo, la cual oscila entre la marginalidad y la oficialidad, pero más aún, habla de la existencia de jerarquías más allá de las opiniones individuales. Así mismo, implica pensar en la elaboración de un conjunto de reglas que marcan la pauta en eventos como las ceremonias, los rituales o los criterios establecidos para consagrar una obra. En el fondo está en juego el reconocimiento de la autoridad monopólica en la legitimación institucional, generalmente a través de prácticas eruditas. Como se puede inferir, esto supone la existencia de relaciones tanto de competencia y complementariedad funcional desde y por las posiciones ocupadas en el campo. La tensión más evidente, pero no la única, se da

entre los “conservadores” y “creadores” de cultura:

“Mientras la Academia, que pretende el monopolio de la consagración de los creadores contemporáneos, contribuye a organizar el campo intelectual bajo la relación de la ortodoxia, por una jurisprudencia que combina la tradición y la innovación, la universidad pretende el monopolio de la transmisión de las obras consagradas del pasado, que consagra como ‘clásica’, y el monopolio de la legitimación y de la consagración (entre otras cosas con el diploma) de los consumidores culturales más conformes” (Bourdieu, 2002a: 40).

La comprensión de estas dos categorías propuestas y desarrolladas en la sociología de Pierre Bourdieu ha de realizarse tomando en cuenta algunas tesis que aparecen difuminadas en sus textos. En primer lugar, el condicionamiento de las acciones de los agentes. Parecería, en primera instancia, que al estar en determinado campo, el individuo se comporta de una manera específica gracias al *habitus* por el que se encuentra determinado; pero solo está condicionado, como lo sugiere Bourdieu. Y aquí es cuando hace la analogía del juego, este “juego social” con sus reglas y casillas por las que el individuo se puede mover, según su posicionamiento y la pieza que le toca jugar. Es una limitación a estar en cierta posición pero, dentro de lo posible, cada uno es capaz de decidir su propio movimiento. En segunda instancia, Bourdieu dice que se compete despiadadamente, incluso aunque no se conozcan las reglas ni las fronteras del juego.

El hecho de estar en este juego y de participar en él sin siquiera saber por qué se juega es la *illusio*, que es una mera ilusión de lo que son las pautas de conducta como modelos únicos a seguir. La competencia al interior de los campos relativamente autónomos, no puede dejar de lado la interrelación entre los diferentes campos, y por tanto la idea de sociedad en su conjunto. En relación al significado histórico de la universidad en nuestras sociedades, las reflexiones de Bourdieu también atañen a la llamada movilidad social. Esta consiste en los movimientos o desplazamientos que efectúan los individuos, las familias o los grupos dentro de un determinado sistema socio-económico. Existen dos formas de movilidad social: La horizontal y la vertical. Aquella, alude al paso de los individuos o de los grupos (profesionales, industriales, etc.) a otra, de un círculo ideológico a otro, sin

que esto implique la alteración del estatus social. Esta movilidad horizontal se da también a nivel generacional, cuando los individuos pertenecientes a una familia cambian de profesión con respecto a sus ascendientes. Con respecto a la movilidad vertical, esta puede ser descendente o ascendente y se refiere al cambio de una clase a otra.

Idealmente, las sociedades deben tender a tener una mayor movilidad social. Esto significaría que las personas que se esfuerzan y tengan los méritos –de ahí la asociación con el concepto de meritocracia– puedan mediante este proceso mejorar su calidad de vida y subir en la escala social. En cambio, una sociedad con baja movilidad social genera pocas esperanzas de progreso para sus miembros, pues las personas tienden a retener el estatus social de sus antepasados sin importar su esfuerzo personal. En ambos tipos de movilidad, la educación es un factor esencial. Por supuesto, los grupos que se encuentran en una posición favorable y a los cuales no les conviene movilizarse hacia abajo utilizan la educación para perpetuarse, por lo cual es muy difícil para las clases menos favorecidas poder acceder a esta educación e intentar llegar a un nivel superior en la escala social.

Además de las nociones de campo y *habitus*, el autor que seguimos es reconocido por la ampliación de la noción de capital, el cual no se presenta de una única forma a nivel económico sino que se expresa de varias formas de acuerdo a los campos específicos en que se produce, concentra, disputa y pierde por los agentes sociales. Así pues, Bourdieu habló de capital social, cultural, simbólico, político y económico; todos ellos unidos sinérgicamente. Es así como pudo conceptualizar casi todas las dimensiones de la vida social en términos de campos, es decir, de espacios de lucha sobre un interés central. Los recursos que son usados en dichas luchas, y cuya apropiación está en juego, son definidos como tipos de capital. Cada campo incluye un conjunto de jugadores o agentes que están involucrados en prácticas y estrategias sobre la base de un *habitus*. Solamente aquellos que pueden movilizar los recursos relevantes están capacitados para tomar parte en la lucha que define un campo o dominio. Estos recursos son los capitales y están distribuidos inequitativamente. La posición de un agente en el campo está caracterizada por el volumen y tipo de capital al que tiene acceso. En resumen, para Bourdieu, es necesario

considerar a su vez los siguientes capitales:

- Capital Social: Conjunto de recursos actuales o potenciales que están relacionados con la posesión de una red de relaciones más o menos institucionalizada de mutuo conocimiento y reconocimiento.
- Capital Cultural: Cubre los bienes culturales, la formación y la educación.
- Capital Simbólico: Forma que toman todos los tipos de capitales cuando su posesión es percibida como legítima, de esta manera, el capital simbólico se encuentra en la forma de prestigio, renombre, reputación y autoridad personal que entregaría a los sujetos el “poder de consagrar”.
- Capital Económico: Corresponde al bienestar material.
- Capital Político: Relacionado con el poder político.

Recapitulando, el campo es una red de relaciones objetivas entre posiciones definidas –en su existencia y en las determinaciones que ellas imponen a sus ocupantes– por su situación (*situs*) actual y potencial en la estructura de las distribuciones de las especies de capital (o de poder) cuya posición impone la obtención de beneficios específicos puestos en juego en el campo y, a la vez, por su relación objetiva con las otras posiciones. Los campos sociales son espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias. El campo es la base de la existencia de un capital común (conocimientos, habilidades, poder, etc.). Por lo tanto se produce una lucha por su apropiación, ya que las personas con un interés común se movilizan para lograr sus objetivos, de lo cual se concluye que los campos son dinámicos, no estáticos y producen una jerarquización entre quienes detentan el capital y aquellos que aspiran a tenerlo. En palabras del mismo Bourdieu y refiriéndose al campo científico afirmó que “[...] es un campo social como otro, con sus relaciones de fuerza, sus monopolios, sus luchas y sus estrategias, sus intereses y sus ganancias, pero donde todas estas invariaciones revisten formas específicas” (Bourdieu, 2002a: 11-12) donde se lucha por la autoridad científica.

Ahora bien, ¿Podremos hablar de un campo educativo en el que se inserte la universidad como una institución/agente en la lucha por diferentes formas de capital? o ¿La universidad misma puede ser pensada como

un micro-campo en el que históricamente las facultades, los profesores, los estudiantes, las autoridades y los trabajadores son los agentes que se disputan los recursos materiales, se desarrollan prácticas de consagración y exclusión de saberes y conocimientos y se lucha en mayor o menor grado por construir una autonomía del campo político en tanto espacio de creación intelectual? ¿De qué forma los “habitus” creados en los campos político y cultural en nuestro país inciden en la marcha de la universidad y sus procesos académicos y políticos?

3. Tesis en torno a la juventud y el intelectual

Así como el mundo del trabajo puede ser explicado a partir de algunas apropiaciones del pensamiento de Bourdieu, este sociólogo también reflexionó sobre la juventud, aporte que nos permite acercarnos aún más a esta corriente sociológica para historiar los movimientos estudiantiles. La categoría de juventud entraña una clasificación de los seres humanos de acuerdo a la edad. Esta condición implica la definición de límites, y con ello, la producción de un orden social que determina la posición que tienen que ocupar los sujetos en la sociedad. En el fondo, el sociólogo francés apunta a los efectos de poder que están incluidos en la definición de quién puede ser considerado o no como joven. La reflexión se dirige entonces a señalar cómo las nociones de juventud o vejez son relacionales, es decir, que la división de la población en generaciones depende de los referentes que se tomen para definir cada categoría. En sus propias palabras: “la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos” (Bourdieu, 2002b: 164).

La historicidad que sugiere Bourdieu en la definición de la noción de juventud no solo se queda en el reconocimiento que el contenido de la palabra puede variar en el tiempo, sino que es producto de una lucha de poder entre los distintos actores del campo social interesados en definir qué se entiende por ser joven. Si bien la edad se refiere a una condición “natural”, a la cual acuden los defensores de la idea de juventud como etapa preparatoria para la adultez, Bourdieu identifica que junto a esta concepción, la edad es sobre todo un asunto social. Así pues, las relaciones

entre la edad social y la biológica son muy complejas:

“La edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente” (Bourdieu, 2002b: 164-165).

Sin embargo, además del evidente llamado de atención de este pensador francés, es preciso decir que en la década de los sesenta aquella franja de la población denominada como joven daba cuenta de un estado caracterizado por el desasosiego. Siguiendo a Antonio Padilla y Alcira Soler, la juventud de los años sesenta y setenta condensaba “lo que el hombre y una sociedad han llegado a ser y lo que podría ser” (Soler y Padilla, 2010: 9). De allí que la juventud se representara mejor a partir de la imagen del movimiento, de la acción permanente en pos de redondear su vida.

Estos dos enfoques sobre la noción de juventud se sintetizan en la ya clásica obra del historiador británico Eric J. Hobsbawm referida al corto siglo XX. Para Hobsbawm la juventud como categoría social únicamente emergió a partir de la década de los sesenta como parte de un proceso mucho más amplio que denomina la “revolución cultural”. A las transformaciones en el tipo de familia predominante y de las relaciones entre los géneros, la juventud por primera vez se erigió como un grupo social independiente, indicando alteraciones significativas en la manera como las generaciones se relacionaban entre sí. En lugar de hablar de una juventud, Hobsbawm prefiere hablar de la aparición de una cultura juvenil autónoma, que se convirtió en la matriz de la revolución cultural en el sentido más profundo del cambio de comportamientos y costumbres (Hobsbawm, 1998: 322-345).

Los cambios que experimentó la juventud se dieron en tres dimensiones. En primer lugar, dejó de ser vista como una fase preparatoria para la vida adulta, para ser asumida y pensada como un momento culminante del pleno desarrollo humano. Aquella máxima famosa que decía que no se podía confiar en nadie mayor de 30 años encierra esta nueva concepción de la juventud. En segundo lugar, ámbitos como el deporte o el espectáculo sirvieron de escenario para que esta idea cobrara fuerza, puesto que el

rendimiento y el éxito físico se ligaban estrechamente a los jóvenes. No obstante, otros campos de acción social como los negocios o la política se salían del marco de la juventud como etapa pletórica de riqueza. Por último, los jóvenes rechazaban el control de una generación mayor que había dominado el mundo, lo que explica el impacto de Fidel Castro al asumir el poder con apenas 32 años en Cuba.

Como bien lo sostiene, Eric Hobsbawm, los años sesenta presenciaron no solo la emergencia de la juventud como actor social mundial, sino que también reformularon lo conocido respecto al papel de los llamados intelectuales en el mundo de la cultura y la política. Sobre este tema, Bourdieu también se convierte en un referente importante para re-pensar una definición amplia y flexible del intelectual, como parte de una apuesta conceptual por construir un andamiaje analítico para nuestro objeto de estudio: La universidad y el movimiento estudiantil durante el siglo XX. Así pues, no hay una concepción unificada del concepto de intelectual. En sus acepciones más generales, el intelectual es un productor y consumidor sistemático de símbolos, valores e ideas, siempre dirigiéndose a un auditorio, a un público. Para Roderic Camp, el intelectual cumpliría un papel en las formas del decir y no del hacer (Camp, 1988: 54-56). Pierre Bourdieu considera que el intelectual tiene el poder de hacer que exista lo que él dice, mientras que para Bobbio, el intelectual incide en el mundo de las ideas mientras que el político, en el mundo de las decisiones (Bobbio, 1996: 425-426 y 431).

Más allá de una definición idealizada de intelectual o de su función más pertinente, el rol de intelectuales y maestros, reconocidos como quienes profesan un saber y demuestran mérito entre los de su misma clase, se encuentra hoy en crisis en las sociedades contemporáneas, especialmente para responder a tres problemas fundamentales: El derrumbe de los grandes discursos organizadores de la sociedad y la imposición de un pensamiento hegemónico orientado por estándares de medición internacional de calidad; la disociación de cultura y política; y, el déficit de los intelectuales en el establecimiento, especialmente en la política educativa, hoy dominada por tecnócratas y planificadores. Esto se debe a que hay un escepticismo de los intelectuales con el poder y con los contrapoderes. De tal forma que estos

cada vez son más desplazados de los grandes proyectos colectivos, entre ellos de la política educativa. Y si a esto se agrega que el político cada vez más desprecia al intelectual -verbigracia que se ha difuminado la visión del intelectual comprometido-, hoy entonces impera más la concepción weberiana del mismo, esto es, la ruptura entre las esferas del saber y de la política.

Es necesario señalar que postulados como los de Antonio Gramsci influyen en el mundo universitario coadyuvando a la amalgama academia-política, pues el llamado que hizo a los académicos de constituirse en “intelectuales orgánicos”, es decir, en intelectuales comprometidos que actúen en favor de una clase social determinada llevó a la creación de grupos, movimientos y partidos políticos integrados en el mundo universitario por profesores y estudiantes (Gramsci, 1975: 15-20). Ellos están llamados a ser, los ideólogos de la revolución, por lo tanto, el postulado gramsciano se verá materializado en la participación, militancia y liderazgo de los estudiantes y profesores en movimientos sociales o políticos; por tal razón, el campo académico y el campo político se amalgaman, se vuelven uno; por eso profesor y militante político se funden en el partido que opera desde el mismo seno universitario. Un grupo acumula mayor capital representativo y político en la medida que hace parte del mundo académico, pero el académico, a su vez, acumula mayor capital simbólico y cultural en tanto que es miembro de un grupo político. Es decir, campo político y académico se vuelven uno en el espacio universitario.

La década de los setenta fue una época universitaria en donde se soñó y pensó que la academia debía aportar a la construcción de una nueva formación económico-social, en atención a lo cual los profesores debían comprometerse con esta “utopía científica” desde la cátedra, la investigación y un proyecto político que consolide los postulados teóricos en la práctica. El campo científico al igual que los otros campos tiene sus propias luchas, su propio juego, obedece a condiciones sociales que lo rigen así: “La aceptación o la eliminación de los nuevos ingresantes o la competencia entre los diferentes productores puede determinar la aparición de esos productos sociales relativamente independientes de sus

condiciones sociales de producción como lo son las verdades científicas” (Bourdieu, 2000: 11).

En ese sentido, se puede afirmar, que los profesores no jugaron en el campo científico, pues su juego estuvo alrededor del reconocimiento en el interior del escenario universitario y del grupo político al cual pertenecían, mas no el campo donde juegan “los sabios” que luchan por “producción y legitimación de la verdad”, ya que su producción intelectual y sus escritos no obedecieron a las reglas de juego relativamente autónomas del campo científico, sino a las reglas que impone el sub-campo cultural universitario, la academia, la docencia y la organización política a la cual pertenecían. Ellos se relacionan con el campo científico en tanto retoman lo que allí se produce para aplicarlo al contexto regional; asumen, por ejemplo, las verdades que producen los sabios desde el materialismo histórico o retoman los conocimientos de quienes hacen sus aportes a partir, en el caso de la historia, de la Escuela de los Annales, y con ellas juegan desde su posición de docentes universitarios, desde allí hay un *fluir* docencia-ciencia pero la lucha es por ingresar, por ser aceptado, reconocido dentro del sub-campo cultural, pues no jugaron desde el escenario mismo de la producción de verdades, es decir, en “el universo ‘puro’ de la ciencia más ‘pura’”. En el decir de Bourdieu, el campo científico “es un campo social como otro, con sus relaciones de fuerza, sus monopolios, sus luchas y sus estrategias, sus intereses y sus ganancias, pero donde todas estas *invariancias* revisten formas específicas” (Bourdieu, 2000: 11-12).

De este modo, y teniendo como principio la competencia por las diferentes formas de capital, las ganancias obtenidas en el campo académico sirven para jugar en el político y viceversa. En principio, y de hecho, solo los sabios comprometidos en el juego tienen los medios para apropiarse simbólicamente de la obra científica y para evaluar sus méritos (Bourdieu, 2000: 18-19). En el caso de los profesores universitarios colombianos entre los años sesenta a ochenta, no presentaron sus trabajos, disertaciones, exámenes, ante los “sabios”, sino en los escenarios de la lucha política dominada por los estudiantes y los profesores militantes. Incluso, como lo proponen María Elena Erazo y Dolman Rubio, en el suroccidente de Colombia los docentes vinculados a los distintos grupos

de izquierda, consideraron las luchas sociales, movilizaciones, mítines y asambleas en los lugares con autoridad para juzgar la línea correcta de sus postulados (Erazo, 2012; Rubio, 2013). Ello no significa que la vida académica no se haya mantenido en el mundo universitario colombiano, sino que es necesario no perder de vista la injerencia de la política en la dinámica cultural y científica.

En ese mundo universitario de los setenta y los ochenta se constituye y desarrolla el quehacer docente. La fuerza que tomaron los grupos políticos de izquierda fue tal, que eran los docentes que militaron en ellos quienes mayor capital simbólico y cultural acumulaban. El mayor poder de incidir en el mundo académico de la universidad estaba dado por el hecho de ser miembro de un partido político. En la universidad se hablaba desde el lugar de la militancia, amalgamándose así dos campos de poder: el académico y el político que en ese momento histórico se vuelven uno. En la universidad, el docente es político y es académico al mismo tiempo y en el mismo lugar, o sea, academia y política se funden de manera visible de tal modo que es difícil hacer separaciones que señalen dónde se es profesor o investigador y dónde político. Esto fue de la mano con la idea de intelectual comprometido tan en boga en las diferentes corrientes de izquierda (Urrego, 2002; Posada, 2006).

Así, se puede afirmar que en el escenario académico hay dos *locus* de enunciación: El político y el académico que se funden en el campo cultural-universitario, por lo cual, el profesor que correspondió a este momento histórico de la universidad fue el docente académico-político, o mejor, el político-académico, porque en ese momento se tuvo mayor capital simbólico y se le atribuía mayor capital cultural a un maestro militante que a uno que no lo era. Esta voz se levantó desde un lugar de poder: La universidad. Hablar desde allí hace que se represente la ciencia y se tenga la posibilidad, a partir del conocimiento –y de posiciones ideológicas–, de dar sentido al mundo social, pues lo que se enuncia allí se acepta como verdad. Al intelectual político, proletario o de izquierda –a quien también llamaron intelectual comprometido, orgánico o ideólogo (Careaga, 1971: 62-63), nombres estos para designar al intelectual que debía orientar a la humanidad por el camino de la justicia y de la razón, pues él mismo era

concebido como un proletario al disponer solo de la fuerza intelectual, al igual que un obrero únicamente dispone de su fuerza material— le corresponde provocar en los oprimidos los sentimientos de emancipación, y para ello recurre a una función pedagógica, siendo la propaganda socialista una de sus estrategias más importantes. Estos elementos preliminares permiten pensar en la riqueza de las propuestas de Bourdieu para pensar la vida universitaria colombiana en la segunda mitad del siglo XX, de allí que preguntemos en el siguiente apartado si es posible que las tesis del sociólogo francés nos den orientaciones para renovar las interpretaciones acerca de la universidad y el papel del estudiantado.

4. ¿Bourdieu para pensar la universidad colombiana?

Para el caso de las agrupaciones políticas juveniles que se dieron cita en la universidad colombiana entre los años sesenta y setenta, la noción de campo posibilita una apuesta interpretativa. Por ejemplo, la coyuntura de 1971, en la que estuvo paralizado el sistema universitario nacional, permite apreciar un campo político dinamizado por agentes como la Juventud Comunista (Juco), la Juventud Patriótica (Jupa), las organizaciones herederas de la experiencia política de Camilo Torres Restrepo y algunos núcleos autoproclamados socialistas, de tendencia trotskista (Cote Rodríguez, 2009: 413-462). La competencia por el capital político en aquel entonces, dio como ganadora a la Jupa, ala juvenil del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR), que proclamaba un maoísmo moderado respecto a aquellos grupos más cercanos a la lucha armada. Los resultados de las elecciones para escoger los representantes estudiantiles a finales de 1971 a favor de este grupo, tanto en la Universidad Nacional de Bogotá como en la Universidad de Antioquia, dan cuenta de esta competencia al interior de este subcampo político de las izquierdas universitarias (Arango, J. et. al, 1971).

En el proceso de configuración del campo de la izquierda colombiana, Mauricio Archila y Jorge Cote llaman la atención sobre la potencialidad de estas categorías en su explicación. (Archila y Cote, 2009). La mirada de grupos políticos que contribuyeron a configurar este campo surgió tras el agotamiento de los diferentes capitales de la vía soviética al socialismo

que lideraba el Partido Comunista Colombiano. A nivel simbólico, la lucha armada cobró una inusitada fuerza como la forma de lucha más alta que los revolucionarios podían asumir. En tal sentido, los comunistas no pudieron conservar su posición dominante y autoridad en la izquierda nacional, por cuanto la sujeción a los designios de Moscú impedía apoyar y enarbolar la organización de grupos guerrilleros. En estas condiciones, las revoluciones en China (1949) y Cuba (1959) emergieron con gran fuerza en el imaginario político de la juventud colombiana desde la década del sesenta, bajo la idea de un compromiso total con las clases desposeídas (López de la Roche, 1994).

Lo que se podría asociar a la noción de capital cultural de los jóvenes revolucionarios de estos años, será necesario buscarlo en diferentes contextos. Por citar un caso, en 1962, un estudiante de Ingeniería Industrial de la Universidad Industrial de Santander realizó una gira por los países de la Cortina de Hierro, hecho que representó una diferencia sustancial con sus compañeros de generación. Este mismo líder, alcanzó posiciones de poder importantes en el Frente Unido del Pueblo de Camilo Torres e hizo parte de la Brigada Pro-Liberación José Antonio Galán que viajó a Cuba a recibir entrenamiento militar para replicar el ejemplo del Movimiento 26 de julio de los hermanos Castro y Ernesto Guevara (Arenas, 1971). A ello habrá que sumar en las futuras investigaciones, los procesos de apropiación de las diversas corrientes del marxismo que circularon en el país y en el continente. Por ahora, sabemos que los estudiantes accedieron a bibliografía de Lenin, Mao y Marx, que sirvió de referente teórico para apuntalar su lucha política. No por casualidad durante estos años se habló de la importancia de la interpretación correcta de la teoría revolucionaria, entendida como guía para la acción (Movimiento Obrero Independiente Revolucionario, 1971; Juventud Patriótica, 1971).

Una década después, la figura de Jaime Arenas Reyes perdió vigencia política tras desertar de las filas del Ejército de Liberación Nacional, que luego lo ajustició en las calles de Bogotá. El impacto de la Revolución Cultural China, la crisis del comunismo soviético a nivel internacional y el estancamiento y fracaso de las réplicas del foquismo que condujo a la muerte del Che en Bolivia, posicionó al maoísmo como la tendencia

política más fuerte en la universidad colombiana. Muestra de ello, fue el posicionamiento de líderes como Marcelo Torres, quien como Arenas unos años atrás, alcanzó un alto grado de figuración y “autoridad” en el movimiento estudiantil que lo llevó a tener la vocería en el Congreso de Rectores celebrado en 1971. Este hecho es de por sí significativo, contribuyó a incrementar su capital simbólico como el líder más reconocido de su generación, visibilidad que fue complementada con un encarcelamiento arbitrario en aquella coyuntura (Pardo y Urrego, 2001). La elaboración del Programa Mínimo y las disputas en torno a varios de sus puntos, permitió a la Jupa apropiarse de la bandera del Cogobierno universitario. Las relaciones estrechas con el mundo sindical fue un factor relevante que explica cómo esta agrupación, recién creada en 1969-1970, se convirtió en la más seguida por los jóvenes de los años setenta.

De acuerdo con Roberto Sancho y sus estudios sobre el lugar de la estructura cristiana en la militancia política armada de estos años, podría sugerirse que los estudiantes de la época no pudieron escapar a los *habitus* propios de la cultura política configurada en siglo y medio e incluso más. La búsqueda del purismo ideológico, la irreductibilidad de las discrepancias en el interior de los grupos, la canonización de héroes populares y el espíritu de sacrificio de esta generación, pueden ser muestras de una estructuras internalizadas en las formas de concebir y hacer la política que no correspondían a los postulados de modernidad (Sancho Larrañaga, 2011: 207-232). Ceremonias de unión sentimental y política como las que hicieron algunos maoístas presididas por la imagen de Mao o el culto a la personalidad que llegó a darse en toda la izquierda de la segunda posguerra no puede más que llamar la atención sobre la profundidad y vigencia de estas estructuras tamizadas en el pensamiento cristiano (Moreno Durán, 1989: 77-87).

Los datos referenciados solamente corresponden a las décadas de los sesenta y setenta, y se refieren exclusivamente a la situación de los estudiantes de izquierda. En este orden de propósito, se reconoce la potencialidad de la mirada bourdiana para comprender la dinámica de la universidad colombiana como un todo complejo que entrecruza y yuxtapone cultura, ciencia, educación y política. En tal sentido, una de las aristas no explorada en nuestro país para estudiar lo que podría llamarse

el “movimiento universitario” es la configuración de los docentes como sujetos académicos y en algunos casos políticos. Rosa Briceño (1988) ha mostrado cómo desde finales de 1971 y especialmente un año más adelante, los profesores de universidades como la Nacional de Colombia, Antioquia y Santander en menor grado, protagonizaron el llamado movimiento de los claustros (Briceño, 1989), (Asociación de Profesores de la UDEA, 1972). Este caso, permite complejizar no solo el panorama de la universidad colombiana de los años setenta, sino que abre una compuerta para comprender el comportamiento histórico de una institución fundamental para la sociedad moderna.

5. Conclusiones

Recapitulando, se puede decir que el concepto de campo intelectual de Bourdieu se convierte en un enfoque importante para pensar la dinámica y la construcción histórica de la universidad, en cuanto advierte de la importancia de las relaciones que establecen los agentes en la institución, valorada a su vez como agente en el campo intelectual y cultural que la sobrecoge². Esta categoría permite reflexionar en torno a la posición que ocupan los docentes y estudiantes en el espacio cultural de la universidad en el contexto internacional, nacional y regional; también como líderes gremiales, jóvenes o intelectuales o mujeres y hombres militantes de izquierda, de derecha, “neutros” o simpatizantes de un grupo político.

Como se sabe, los campos son divisiones del mundo social, históricamente constituidos y relativamente autónomos; en ellos los individuos se distribuyen de acuerdo a las jerarquías, reglas e interrelaciones más allá de su voluntad. En este sentido, un campo es la exterioridad de la interioridad, así se establecen los campos cultural, político, simbólico y económico. En

² Como es obvio, para emplear con propiedad y seguridad este enfoque con sus respectivas herramientas analíticas, es preciso conocer la obra de Bourdieu a fondo. Algunos de los textos identificados que pueden servir son *El oficio de científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*-curso del *Collège de France 2000-2001*, Barcelona, Anagrama, 2003; *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2000; *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008; *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997; *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990; *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995 y *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999; *El campo político*. La Paz: Plural, 2001.

el campo cultural juegan los intelectuales, las instituciones productoras de cultura como las academias y la universidad, y en las condiciones actuales de mediatización cobran gran importancia los periodistas, las editoriales, la televisión, el internet, etc. En este campo se ejercen relaciones de dominación entre los sujetos creándose una estructura social. En él se interviene para adquirir mayor cotas de capital; sus miembros plantean las reglas para decidir quién pertenece o no a este y mantiene una estrecha relación con el campo de poder.

Hablando del campo de poder, Bourdieu dice que el poder es un sistema de relaciones, que en la sociedad hay individuos que aunque pertenecen a campos distintos constituyen una especie de relación independiente, relativamente autónomo con respecto al espacio social en su conjunto, y en el cual unas personas detentan un capital particular y luchan con otras que detentan otros de capitales para dar más fuerza al suyo en una red que interviene todos los campos. La relación entre campo intelectual y campo de poder se da en razón de que el campo de poder es el escenario que históricamente se crea con individuos que habitando los distintos campos construyen una red que interviene en las directrices, políticas, reglas, juegos, estrategias y posiciones con las cuales se forman y se mueven los otros campos. Por eso el campo cultural no es totalmente autónomo, es un campo que puede ser más o menos regulado por el campo de poder.

Visibilizando este concepto, se puede decir que en Colombia, el movimiento estudiantil hizo presencia con fuerza en los años sesenta y setenta; una de sus consignas y luchas fue contra el imperialismo, por ello cuando Carlos Lleras Restrepo apareció con Rockefeller en la Universidad Nacional, los estudiantes protestaron: Rockefeller hacía parte del campo económico y Carlos Lleras Restrepo hacía parte del campo político y constituían también el campo de poder. Desde este escenario intervinieron el campo cultural: militarizaron la Universidad, la depuraron de “los terribles comunistas”, crearon nuevas reglas, leyes y normas como el Plan Básico de Educación; esto generó una lucha entre quienes habitan el subcampo cultural, la academia y aquellos que detentaban el campo de poder y que pretendían ganar mayor control al interior del espacio cultural de la universidad.

En el fondo de este acercamiento a la propuesta de Bourdieu como un referente para revitalizar los estudios sobre la historia de la universidad colombiana y los movimientos estudiantiles, está el interés por repensar las relaciones entre la cultura y la política. Una de las grandes virtudes de este enfoque reside en la idea de autonomía relativa que existe entre los diferentes campos en que se puede concebir la sociedad, lo que de entrada evita cualquier determinismo económico o político que cierre la capacidad de acción de los agentes sociales. La importancia atribuida a las relaciones que generan la estructura de los campos o las disputas por las diferentes formas de poder, posibilitan a su vez trascender los modelos abstractos y ahistóricos para insertarse en la exploración de las huellas que dejaron los agentes a estudiar. La misma reflexión acerca de la juventud o la fuerza que tienen las estructuras internalizadas por los sujetos, que aludiría a procesos de una mayor duración histórica, también hace parte de la riqueza potencial que contiene la obra de Pierre Bourdieu para el análisis propuesto. Por ahora, solo queda afinar mucho más estas categorías y propiciar el diálogo con la evidencia empírica sobre este elusivo objeto de reflexión historiográfica.

6. Referencias bibliográficas

- Arango, J. (1971). Declaración de los representantes del estudiantado de la Universidad Nacional. En: http://www.scribd.com/full/52353462?access_key=key-9ho6iupvlh89ldy5awa. Consultado el 5 de octubre de 2011.
- Archila, Mauricio y Cote, Jorge (2009). Auge, crisis y reconstrucción de las izquierdas colombianas (1958-2006), En: Archila, Mauricio, et. al. *Una historia inconclusa: Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: Cinep/Colciencias, pp. 55-75.
- Archila, Mauricio (1994). Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo XX. En: Tovar Zambrano, Bernardo (ed.). *La historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 251-352.
- Arenas, Jaime (1971). *La guerrilla por dentro. Análisis del E.L.N. Colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Asociación de Profesores de la Universidad de Antioquia (1972). La estabilidad del profesorado (Documento para la discusión). En: http://www.scribd.com/full/52353468?access_key=key-146ywihxi9cgby1p37mq. Consultado el 20

- de noviembre de 2011.
- Bobbio, Norberto (1981). *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI.
- . (1996). *El filósofo y la política*. México: FCE.
- . (2001). *Diccionario de ciencia política*. México: Ediciones S.A.
- Bourdieu, Pierre (1990). El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método. *Criterios, XXV-XXVIII*. 1990. La Habana, pp. 20-42.
- . (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión-SAIC.
- . (2001). *El campo político*. La Paz: Plural.
- . (2002a). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- . (2002b). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Briceno, Rosa (1988). “University reform, social conflict, and the intellectuals: The case of the National University of Colombia”. A dissertation submitted to the School of Education and the Committee on Graduate Studies of Stanford University in partial of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy.
- . (1989) “La universidad como un microcosmos de conflicto social: La política de reforma de la Universidad Nacional de Colombia, 1964-1974.” Ponencia presentada en la conferencia anual de la Asociación Americana de la Investigación en Educación (AERA). San Francisco (EUA).
- Camp, Roderic (1988). *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX*. México: FCE.
- Careaga, Gabriel (1971). *Los intelectuales y la política en México*. México: Extemporáneos.
- Cote Rodríguez, Jorge (2009). El movimiento estudiantil de 1971: entre la homogeneidad y la heterogeneidad”. En: Archila, Mauricio, et. al. *Una historia inconclusa: izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá: Cinep, pp. 413-462.
- . (2011). Pensar los movimientos estudiantiles. En: *I Congreso Internacional Izquierdas, Movimientos Sociales y Cultura Política en Colombia*, Bogotá, 18-20 de octubre de 2011. Universidad Central.
- Erazo Coral, María Elena (2012). Representaciones de nación desde la región: una generación docente-dos campos de poder (1970-1989). Tesis para optar al título de Doctorado en Ciencias de la Educación. Doctorado en Ciencias de la Educación-Universidad de Nariño-Rudecolombia.
- Gramsci, Antonio (1975). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos.
- Hobsbawm, Eric (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Juventud Patriótica (1971). Nuestra política en el movimiento estudiantil. En: http://www.scribd.com/full/52353486?access_key=key-1q6bvveblpapyp8npjm. Consultado el 22 de noviembre de 2011.

- López de la Roche, Fabio (1994). *Izquierdas y cultura política: ¿Oposición alternativa?* Bogotá: Cinep.
- Marsiske, Renate (1999). Clases medias, universidades y movimientos estudiantiles en América Latina (1900-1930). En: Marsiske, Renate (coord.). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México: UNAM, pp. 142-158.
- Moreno Durán, Rafael Humberto (1989) La memoria irreconciliable de los justos: La Universidad Nacional en la década de los sesenta. En: *Análisis Político*, N° 7. 1989. Bogotá, pp. 77-87.
- Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR) (1971) Viva la reforma revolucionaria de la universidad. En: http://www.scribd.com/full/52353519?access_key=key-21li889zvp31v4cyf9gt. Consultado el 13 de octubre de 2011.
- Pardo, Miguel Ángel y Urrego, Miguel Ángel (2001). El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia. En: <http://www.renovacionmagisterial.org/boletin28/ponencia71.pdf>. Consultado el 16 de septiembre de 2009.
- Posada Carbó, Eduardo (2006). *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Ritzer, George (1997). *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw-Hill.
- Romero, Fernando (2009). Sobre estudiantes universitarios y movimiento estudiantil: problemas teóricos conceptuales. En: Romero, Fernando (comp.). *Los estudiantes. Organizaciones y luchas en Argentina y Chile*. Bahía Blanca: Libros en Colectivo, pp. 9-24.
- Rubio, Dolman (2013). El movimiento profesoral en la Universidad de Caldas. Tesis para optar al título de Doctor en Ciencias de la Educación. Doctorado en Ciencias de la Educación-Universidad Tecnológica de Pereira-Rudecolombia.
- Sancho Larrañaga, Roberto (2011). Discurso ideológico y religión política en la izquierda revolucionaria: reconfiguración de lo sagrado en los años sesenta del siglo XX. En: Acuña Rodríguez, Olga Yaneth y Guerrero Barón, Javier (comp.). *Para reescribir el siglo XX: Memoria, insurgencia, paramilitarismo y narcotráfico*. Medellín: La Carreta/UPTC, pp. 207-23.
- Soler, Alcira y Padilla, Antonio (2010). *Voces y disidencias juveniles: Rebeldía, movilización y cultura en América Latina*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Urrego, Miguel Ángel (2002). *Intelectuales, Estado y nación en Colombia: de la guerra de los mil días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central/ Siglo del Hombre.